

D I A N E D E N O I R

Para cualquier ser humano, el silencio puede ser una fase normal y a veces un estado de excepción, pero para un cantante es una prueba de fuego, ya que si es prolongado puede convertirse en aliado del olvido. De ahí que se necesite cierto coraje para reencontrarse con la propia voz, con la antigua frescura, con viejas canciones al uso, y asumirlas con otra madurez y otro rigor, y también para renovarse con cantares actuales e ingresar con ellos en una nueva lozanía.

Ése es en definitiva el riesgo que ha decidido afrontar Diane Denoir con este recital que consolida su regreso. Conviene señalar que su último contacto con el público montevideano data nada menos que de 1974.

Veinticinco años son un vasto paréntesis en el que no sólo cabe el silencio ("amigo que jamás traiciona", según el viejo Confucio) sino también el exilio, ese involuntario ejercicio de la añoranza que padecieron miles de uruguayos y que Diane vivió sobre todo en Venezuela, país que le dio trabajo, solidaridad y afecto, y que ella ahora retribuye incluyendo en su repertorio cuatro hermosas canciones de Otilio Galíndez.



La conexión con el antes, con el ayer nutricional y formativo, está sobre todo en la entrañable recuperación de un nombre fundamental: Eduardo Mateo, músico y compositor notable, fallecido en 1990 y cuya obra no tuvo en su momento la repercusión que sin duda merecía.

Con Mateo, Diane no sólo mantuvo una sólida y creativa amistad, sino que además, ya en 1966 la acompañaba con su guitarra y compuso para ella canciones que se fueron incorporando a su repertorio y que figuran, en interpretación de Diana, en varias grabaciones.

Con exilio o con regreso, Diane nunca estuvo ajena al desarrollo de la canción popular y este recital así lo demuestra. La recuperación para el público montevideano de esta cálida y sensible voz, que parecía perdida, es algo digno de celebrarse.

Y lo celebramos.